

EL BASILISCO

Revista de materialismo filosófico

Nº 55 (2020), páginas 77-81

Pablo Huerga Melcón

Universidad de Oviedo

Crítica de la razón posmoderna.

Reseña del libro de Francisco Erice *En defensa de la razón. Contribución a la crítica del posmodernismo* (Siglo XXI, Madrid 2020)

Resumen:

El artículo realiza una reseña del libro de Francisco Erice, *En defensa de la razón. Contribución a la crítica del posmodernismo*, publicado en 2020 por la editorial Siglo XXI de Madrid. Se pretende resaltar el uso oportuno que hace el autor de las coordenadas del Materialismo Filosófico en su crítica a la ideología política posmoderna. La renuncia a la idea de razón en la que este movimiento se ampara puede ser reinterpretada como un fracaso de la idea monista de razón kantiana, puesto que conduce a un relativismo gnoseológico radical, en la era del mayor éxito de las ciencias positivas. Esto le permitiría al autor reinterpretar esas corrientes desde una defensa de la razón en un sentido pluralista, circunscrita a los diferentes ámbitos científicos, como el de la Historia, siguiendo el enfoque de la Teoría del Cierre Categorical.

Palabras clave: Francisco Erice, Razón, Marxismo, Posmodernismo, Materialismo Filosófico, Gustavo Bueno

Abstract:

The article reviews Francisco Erice's book, *En defensa de la razón. Contribución a la crítica del posmodernismo*, published in 2020 by the Siglo XXI publishing house in Madrid. The aim is to highlight the author's timely use of the coordinates of Philosophical Materialism in his critique of postmodern political ideology. The renunciation of the idea of reason on which this movement relies can be reinterpreted as a failure of the monistic Kantian idea of reason, since it leads to a radical gnoseological relativism, in the era of the greatest success of the positive sciences. This would allow the author to reinterpret these currents from a defence of reason in a pluralistic sense, circumscribed to the different scientific fields, such as History, following the approach of the Theory of Categorical Closure.

Keywords: Francisco Erice, Reason, marxism, postmodernism, philosophical materialism, Gustavo Bueno

EL BASILISCO

Fundador

Gustavo Bueno

Director

Gustavo Bueno Sánchez

Secretaría de Redacción

Clara Bueno (Fundación Gustavo Bueno)

Consejo de Redacción

Jesús G. Maestro (Universidad de Vigo)

José Arturo Herrera Melo (Universidad Veracruzana, México)

Íñigo Ongay de Felipe (Universidad de Deusto)

Patricio Peñalver (Universidad de Murcia)

Elena Ronzón (Universidad de Oviedo)

Pedro Santana (Universidad de La Rioja)



Todos los artículos publicados en esta revista han sido informados anónimamente por pares de evaluadores externos a la Fundación Gustavo Bueno. EL BASILISCO se publica con periodicidad semestral. Véanse las normas para los autores en: <http://www.fgbueno.es/edi/basnor.htm>

<http://www.fgbueno.es/bas>
basilisco@fgbueno.es

ISSN 0210-0088 (vegetal) - ISSN 2531-2944 (digital)
Depósito Legal: O-343-78



© Fundación Gustavo Bueno * Avenida de Galicia 31 * 33005 Oviedo (España)



Crítica de la razón posmoderna

Reseña del libro de Francisco Erice *En defensa de la razón. Contribución a la crítica del posmodernismo* (Siglo XXI, Madrid 2020)

Pablo Huerga Melcón

Universidad de Oviedo

Con el título, *En defensa de la razón*, la editorial Siglo XXI acaba de publicar el último libro del profesor de la Universidad de Oviedo, Francisco Erice, un libro importantísimo desde el punto de vista del materialismo filosófico, tal y como pretendemos aquí señalar.

1

Llama la atención el título, tan impropio de los tiempos corrientes, que lo engarza en una sólida tradición defensiva, dentro de la secular batalla entre barbarie y civilización que se inicia conscientemente en lo que Nestlé llamaba el paso del mito al logos. La defensa de la razón que se abre paso en medio de las tinieblas del fanatismo, el delirio, y los miedos atávicos del hombre, cuando los mitos aún no eran precisamente mitos, sino el relato que constituía lo real y la explicación de su estructura. Pero esa guerra tiene una historia. Y ya desde sus inicios quedó de manifiesto que la razón no ha venido aquí para quedarse, que debe imponerse, y que a veces su forma de imponerse puede haber llegado más allá del arma de la lógica, que decía Marx. Claro que en este caso enseguida nos surge la inevitable duda: ¿es acaso la razón la que ha vencido, o es por haber vencido por lo que le atribuimos su carácter racional? Como aquella sentencia inquietante de Hegel: “Todo lo real es racional”. Si así lo fuera no habría sido necesario que Erice saliera en su defensa, como antes lo han hecho otros a lo largo de los siglos. Si Nietzsche acusó

a Sócrates de instituir una mentira fundadora de la historia de Occidente basada en la razón, Erice presta su voz de nuevo a Sócrates contra Nietzsche y sus seguidores que, en multitud, claman hoy por la suspensión de la razón, el gran mito de Occidente, imposición de la mentalidad de los esclavos y débiles. La razón sería un ardid dirigido a sujetar a aquellos que de otro modo se impondrían sobre las multitudes por “naturaleza”.

Encuentro un correlato en la famosa guerra de Troya entre Griegos y Troyanos, una expresión particular de esa batalla entre razón y sinrazón: Griegos y Bárbaros, aunque sean tan refinados como el rey Príamo, tan conscientes de la muerte como el héroe Héctor, tan apasionados como Paris. Esa Grecia que hoy ha quedado como incrustada en el Este, y por cuyo juicio Herodoto perdió el título de padre de la Historia, que ostenta Tucídides, al comprender que el historiador debe tomar partido por los mejores. Griegos contra troyanos, griegos contra medos, y atenienses contra espartanos, en las tres guerras la razón parece estar siempre en el mismo sitio. Y es que, con poco patriotismo, decía Herodoto en su *Historia*:

Hasta aquí, pues, según los persas, no hubo más hostilidades que las de estos raptos mutuos, siendo los griegos los que tuvieron la culpa de que en lo sucesivo se encendiese la discordia, por haber empezado sus expediciones contra el Asia primero que pensasen los persas en hacerlas contra la Europa. En su opinión, esto de robar las mujeres es a la verdad una cosa que repugna a las reglas de la justicia; pero también es poco conforme a la cultura y civilización el tomar con tanto empeño la venganza por ellas, y por el

contario, el no hacer ningún caso de las arrebatadas, es propio de gente cuerda y política, porque bien claro está que si ellas no lo quisiesen de veras nunca hubieran sido robadas.

No obstante, si la Historia está sometida a la “lógica de las armas”, entonces no serán ya los vencedores de cada momento los que la escriban, sino aquellos que están venciendo actualmente, y los que los vencerán a ellos más adelante, de modo que esa aseveración deja en suspenso cualquier conocimiento histórico, porque, de momento y por ahora, nunca hay victorias totales y definitivas, y toda victoria es premonición de una derrota. Así habría ocurrido con las múltiples lecturas que se concentran en otra de las grandes batallas civilizatorias, la que tuvo lugar en Stalingrado, cuyo Homero fue, sin duda, Vasili Grossman, en su novela *Por una causa justa*, también objeto de revisión ideológica.

Qué se entiende por razón en este ensayo es algo que no queda definido de un modo positivo; más bien se construye como negación de aquellos presupuestos que Erice, siguiendo las interpretaciones de diversos autores, encuentra consignados en lo que se suele definir como el posmodernismo. Una palabra un tanto ya pasada de moda -de moda filosófica, teniendo en cuenta que sus días felices, aquellos en los que se suponía que se habían acabado los grandes relatos, justo en medio del desmantelamiento del bloque soviético-, que auguraba una nueva era interminable, el fin de la historia que luego perfilaría Francis Fukuyama, como si la moda posmoderna de los últimos años ochenta estuviera preparando, sobre todo a los intelectuales, para asimilar sin demasiados estragos la caída de la URSS y el advenimiento del fin de la historia. Los presupuestos del posmodernismo van perfilando la razón precisamente como aquello contra lo que se habrían erigido, una razón que al parecer podría estar encarnada, por ejemplo, en el discurso marxista, en la filosofía materialista desarrollada por Marx y Engels, entendida como un ideal emancipatorio que no debe ser desdeñado ni abandonado; que debe ser, ante todo, actualizado, como sin duda se actualizarán también los discursos contrarios, las nuevas versiones del relativismo y del escepticismo. Pero el relativismo y el escepticismo no sólo son perniciosos por sí mismos, en cuanto cancelan cualquier aspiración a la construcción de verdades sólidas y contundentes por parte de las ciencias, sino que además conducen a la legitimación encubierta de la falta de alternativas. Bajo la advocación de Lukács, el irracionalismo subyacente en el posmodernismo conduciría a una política de carácter reaccionario.

Llevados por la pasión del discurso, por la pose, por el quiebro argumental, por la audacia hipercrítica, por el embrujo de las palabras, pero también por la aceptación acrítica de la noción de “falsa conciencia” marxista, algunos de los nuevos filósofos que se llaman “de izquierdas” en España empiezan citando a Marx y a Gramsci y acaban

proponiendo una especie de pensamiento ilustrado que concibe al pueblo como una masa insensata que debe ser dominada por medio de estratagemas y seducciones al más puro estilo nacionalsocialista, que apela a las emociones y los sentimientos, a las pasiones básicas, incluso inconscientes, del hombre, para imponer su agenda emancipadora. Infantilismo pos-posmodernista. Triste especialmente es el caso de Fernández Liria y sus apelaciones a la religión como instrumento de canalización política para el bien social (ver página 248): nueva versión de “todo para el pueblo pero sin el pueblo”, o de aquello de Lenin: “Libertad para qué”. Recoge Erice sus ideas así: “A los seres humanos, solo por casualidad les interesa la verdad, la justicia y la belleza. Por eso las victorias de la razón pasan dificultades para preservarse y deben traducirse en legislaciones que las amparen.” Es el nuevo populismo: “la lógica de un nosotros político exige un cuerpo reunido en torno a una invocación personalizada”, “la gente tiene problemas más próximos y más profundos que la injusticia del capitalismo o el patriarcado y, desde luego, problemas más acuciantes que la verdad”, etc. Impresionante. Es claro que la nueva izquierda abraza el socialismo pero renuncia al racionalismo crítico, las dos notas características (racionalismo y socialismo) que conforman la “Ética desde la izquierda” según el importante artículo de Gustavo Bueno publicado en número 17 de la revista *El Basilisco* en el año 1994. ¿Pero cómo evitar aquellas conclusiones reaccionarias si se parte de la idea de la falsa conciencia marxista?

La primera parte del libro es ante todo un despliegue muy bien documentado y crítico del elenco de ideologemas propios de lo que se entiende como posmodernismo, apuntando las raíces en Nietzsche, o Heidegger, para luego llegar hasta Deleuze, Derrida, Lyotard o Foucault, a quien dedica un abundante capítulo muy necesario para centrar el problema gnoseológico de la ciencia de la Historia no sólo frente al relativismo, sino también frente al reduccionismo. Las denuncias de Erice son asépticas, van desarrollándose con citas y referencias que dejan claro que el camino va por ahí, sin ensañarse. El planteamiento es que se trata de un modo audaz de pensamiento hipercrítico que no deja alternativas salvo la renuncia. Una nueva versión de ese conflicto condujo a Kant a escribir la *Crítica de la razón pura*, claudicando, a medias, frente al escepticismo radical de Hume, pero embridándolo con las condiciones a priori de la sensibilidad, del entendimiento y de la razón. No obstante, la hipercrítica de Hume, su escepticismo y su crítica de la causalidad resultó útil para la filosofía, pues alumbró a Kant, aunque el precio haya sido rebajar la razón a un asunto trascendental humano, de la misma manera que los Sofistas alumbraron a Platón y Aristóteles.

El último capítulo de la primera parte repasa las nuevas teorías políticas que tratan de desmenuzar el marxismo apelando a la hipercrítica postmoderna valiéndose de Gramsci. Laclau, Mouffe, el populismo y su debate con Zizek; las tesis de Antonio Negri, y el “proyecto de la

multitud”, o la “democracia global” que defendía Negri con Hardt. Todos ellos, emponzoñados –diría yo- en una metafísica de la falsa conciencia elevada al delirio –(“Según Fernández Liria, existen límites antropológicos irrebables que abocan a los seres humanos a la irracionalidad”; p. 247)- que conduce a la teorización de sujetos revolucionarios identificados con gurús, guías, mediadores, dioses, o populismos basados en la proyección de una fe común enardecida, tal como se desprende, por ejemplo, de Fernández Liria: «Ningún sistema puede “cerrarse” con sus elementos internos, necesitando para ello un exterior: “es preciso un mediador, un jefe un Dios”. Esto es tanto como decir que “no hay un grupo si no hay religión”. La religión no es solo un mensaje para transmitir, sino “un médium de la transmisión de mensajes en general; lejos de tratarse de una quimera, “la religión es la materialidad del discurso colectivo”». Todas estas corrientes de la “nueva política” populista, ideologías del neo-rebaño, acaban siendo ubicadas con buenas razones por parte de Francisco Erice en el marco de lo que Gustavo Bueno ha denominado la “izquierda indefinida”, lo que ya significa, de hecho, que la defensa de la razón, en política, pasa por la defensa del Estado.

2

Una vez establecidos los principios, los autores, y las corrientes principales del llamado posmodernismo, entramos ya en la segunda parte del libro, aquella en la que la cuestión que se dirime es la propia cientificidad de la Historia. Esta segunda parte se divide a su vez en dos secciones. En la primera se estudian las consecuencias metodológicas que según Erice han podido resultar del desarrollo de estas ideologías posmodernas (que concreta en un “decálogo” muy oportuno en la página 275); en la segunda sección, propone una reorganización metodológica de la disciplina de la Historia para todos aquellos que consideren necesario seguir ejercitando la metodología del materialismo histórico.

Al comenzar esta parte del libro se advierte ya que la “defensa de la razón” que blasona el libro, no remite a un concepto abstracto, metafísico, o genérico, de razón, sino a la racionalidad científica propia de la Historia, a la posibilidad de construir verdades históricas, leyes, predicciones. La Historia como ciencia es aún posible, pero al circunscribir Erice la defensa de la razón en la Historia, y no en la razón tomada, diríamos, “en general”, parece intuirse que la cientificidad de la Historia depende de su reorganización más allá de la crítica kantiana. Ésta es, a mi juicio, una de las principales cuestiones que suscita el libro. La hipercrítica ofrecida por el posmodernismo y su capacidad de seducción sólo impresionan a aquellos que en el ámbito de las ciencias y la filosofía siguen anclados en una visión kantiana del mundo, en la que son

las condiciones trascendentales ínsitas en el hombre las que permiten la construcción de las verdades científicas y legitiman y sostienen la razón, una razón moderada, trascendental, limitada al ámbito de las condiciones de posibilidad del ser humano, así en general (la crítica de la razón “pura”). Y sí, a esta visión de la razón sí le ha hecho mella el posmodernismo, como le hizo mella Nietzsche a Sócrates. Entre otras cosas porque el propio Nietzsche es en sus cimientos un perfecto kantiano, como Marx y Engels, como Lenin, con su adecuacionismo entre la realidad y la razón. La crítica posmoderna al racionalismo no sería tanto una crítica contra Kant, sino el resultado de sacar todas las consecuencias del idealismo kantiano, como le ocurrió a Nietzsche. Porque es el propio racionalismo kantiano el que conduce directamente, o bien al solipsismo, o bien al relativismo y al escepticismo, como ha mostrado con contundencia Gustavo Bueno en su artículo “Confrontación de doce tesis características del sistema del *Idealismo trascendental* con las correspondientes tesis del *Materialismo filosófico*” publicado en *El Basilisco* en el año 2004.

Acertadamente, en su ejercicio, Francisco Erice no se sitúa en el contexto del dualismo que ha inspirado la crítica nietzscheana y nihilista a la razón, el dualismo entre Razón y Pasión, Verdad y Falsedad, Civilización y Barbarie, etc. La defensa de la razón desde ese dualismo “metamérico” conduce a un círculo vicioso sin salida y a todos los populismos de izquierda posmodernos, como hemos dicho. Para salir de este círculo es necesario recorrer la senda del pluralismo propuesto por el materialismo filosófico, razón por la cual encuentra Erice tantos apoyos a sus argumentos en la obra de Gustavo Bueno. Lo que Erice discute no es la razón en abstracto, la idea sublime de razón que los Ilustrados elevaron a los altares para luego lamentarse de sus consecuencias, sino la modesta razón propia del campo categorial de la ciencia de la Historia. Por ello, tras su análisis, está latente la idea de que la razón no es una entidad metafísica monista y universal, o más “críticamente” trascendental, sino que debe ser estudiada en sus contextos categoriales precisos, la racionalidad de las ciencias, porque ella misma está enraizada, no en los sujetos gnoseológicos, no en el hombre como su condición trascendental, sino en las “cosas mismas”, en la materia, en los objetos trabajados por el hombre (instituciones), en la articulación de las operaciones humanas con los materiales que conforman los diferentes campos categoriales de las ciencias, las artes, y las técnicas.

3

Uno de los asuntos más interesantes que se desprenden de la lectura del libro es reconocer que la crítica que ha ido haciendo Erice en la primera parte no sólo es una crítica política e ideológica. Esa crítica se pone en

marcha porque afecta directamente al ejercicio de la disciplina científica de la Historia. Es un caso particular del tema general de las relaciones entre las ciencias y las ideologías y en qué medida pueden afectar las ideologías a la propia configuración de los contenidos gnoseológicos de las ciencias. Un asunto clave para la sociología de la ciencia. Téngase en cuenta que en el estudio sociológico de la ciencia cabe conducirse también hacia posiciones de máximo escepticismo y reduccionismo, esto es: cuando el análisis sociológico de una determinada ciencia conduce a la conclusión de que los contenidos aparentemente objetivos de una disciplina científica no son sino consecuencia de determinadas posiciones ideológicas, llevando a concluir que los campos de las ciencias no son contenidos con valor sustantivo, sino parte del propio discurso ideológico. Boris Hessen, el primer marxista que aplicó estas consideraciones a la Historia de la ciencia, al caso de Isaac Newton, concluyó, por ejemplo, que el principio de inercia era una claudicación ante la idea de Dios, creencia que habría llevado a Newton a postular este principio sin ninguna necesidad objetiva y gnoseológica. Qué valor de verdad cabe atribuir a los teoremas científicos si es posible encontrar en ellos las huellas de las ideologías envolventes. ¿Pueden conservar su valor gnoseológico interno a pesar de estar determinados por las “condiciones materiales de existencia”? Estos argumentos pueden conducir a conclusiones radicalmente relativistas, y a un escepticismo generalizado. Precisamente la disciplina de la sociología del conocimiento lidió desde sus orígenes con este pernicioso problema. Y en el siglo XX la discusión sobre el carácter ideológico de las ciencias ha alcanzado momentos sublimes. Wittgenstein negando valor gnoseológico a las matemáticas, Kuhn afirmando que las ciencias están determinadas por la presión de las propias comunidades científicas, y por los paradigmas envolventes, Sokal mostrando con sus experimentos que esto puede ser cierto.

Francisco Erice, al situarse fuera del dualismo metafísico de la razón sublime, niega el corte epistemológico de estirpe francesa entre ideología y ciencia, herencia de aquel dualismo ilustrado, y toma claramente la perspectiva del materialismo filosófico, el cual, en la teoría del cierre categorial, contempla la articulación gnoseológica que pueden alcanzar ideologías que, desde el dualismo, sólo pueden ser interpretadas como antagonistas de “la razón”. Tal es el reto del materialismo filosófico de Gustavo Bueno: “Para todo aquel que dé por supuesta la necesidad de contar con una idea objetiva de la ciencia, la cuestión de la justificación del enfoque sociológico, como enfoque interno causal en el contexto de una teoría gnoseológica de la ciencia, la cuestión de la “justificación” del significado gnoseológico de la sociología de la ciencia, sigue abierta de par en par.” (*Teoría del cierre categorial*, pág. 294.)

Así, Erice ha estudiado las consecuencias del posmodernismo en la propia práctica histórica y ha

concluido que en ciertos aspectos estas nuevas ideologías han tenido consecuencias muy provechosas para el ejercicio de la ciencia de la Historia. La cuestión es que en la práctica de la ciencia histórica se ha incurrido a veces en un esquematismo, en un estructuralismo de tal calibre, que la acción de los hombres ha podido quedar reducida en el proceso histórico a la condición de comparsa de un destino prefijado. El marxismo, con su doctrina política según la cual el proceso histórico sigue una ley implacable que conduce a la emancipación y el fin de la historia ha podido incurrir en el viejo idealismo, recuperando esa idea del destino para el cual los hombres son simplemente los agentes que lo delimitan o ejecutan. El enfoque posmoderno ha permitido, ha exigido, recuperar la historia biográfica, la acción, el presente dramático, debilitando las viejas estructuras y facilitando una historia más flexible y atenta a las variedades de la acción y la vida de los hombres. El riesgo es claro: la historia puede abandonar la senda de la verdad para introducirse por la selva de la verosimilitud literaria y artística. La Historia puede perder su carácter científico. Pero cree Erice, con razón, que entre los extremos cabe y debe ser situado el ejercicio de una Historia científica y crítica. Al igual que Kant supo encontrar encaje a las críticas escépticas de Hume salvando la razón y la ciencia, Erice pretende hoy salvar la razón histórica y materialista sin renunciar a la dimensión más personal y cargada de vida e incertidumbre por la que transitan los hombres en el tiempo.

La disciplina de la Historia se tendría que mover entonces entre esos límites, el que corresponde con el esquematismo determinista que reduce la acción del hombre a su papel como ejecutor de un guión preestablecido por leyes históricas férreas, y el indeterminismo escéptico que niega cualquier legalidad a la realidad histórica, y que de paso niega a la propia Historia su carácter científico, dejando que se interponga la renuncia a la verdad histórica, su entregado sometimiento a las reconstrucciones interesadas de todos cuantos dirimen las luchas políticas en el presente; la historia como campo de batalla ideológico. Es necesario precisar que el peligro no está solamente en el hecho de abandonar toda esperanza de construir verdades gnoseológicas en la disciplina de la Historia, el verdadero peligro está en que se siga entendiendo como una disciplina científica cuando está utilizándose como argumento de autoridad para legitimar ideologías en la lucha por el poder (especialmente interesante a este respecto es el estudio que dedica en el capítulo III a Hayden White, para quien “la Historia se parece, más que a una ciencia, a la ideología”). Así, la discusión sobre la científicidad de la Historia –la defensa de la razón, que compromete Erice– es un asunto moral, una cuestión de orden público, un asunto especialmente importante en una sociedad organizada por principios democráticos. Si en la lucha por el poder entre partidos se apela a la historia y esta apelación se hace sobre el supuesto de que cualquier relato vale con tal de que alcance un consenso social que se traduzca en votos,

entonces estamos pervirtiendo la ciencia de la Historia, que se convierte en un instrumento de legitimación de las diferentes posiciones ideológicas, pero porque esas mismas argumentaciones históricas siguen gozando del prestigio que otorga el que sean atribuidas no a políticos insensatos sino a la ciencia. Ya lo decía Unamuno: “Antes la verdad que la paz”, y así ha de ser. La verdad no tiene por qué conducir al consenso político. Otros pretenderán que la paz es mejor a cualquier precio.

4

Ahora bien, para restaurar el valor gnoseológico de la metodología del materialismo histórico en la Historia es necesario volver a considerar el discurso marxista, resituarlo, que es lo que Erice aborda en la tercera parte de su libro. Revisar la bibliografía marxista, y sus principales planteamientos, para encontrarse con las ambigüedades, sobre todo, de Marx, en las que cabe interpretar que el viejo esquematismo según el cual el camino hacia el comunismo es un destino inevitable de la humanidad, es acaso un esquematismo que se ha ido labrando a espaldas de la propia crítica de Marx, y, al parecer, no tanto de Engels, a quien se le atribuye una actitud más esquemática, aunque a veces se le incluye también en aquellas referencias en las que parecería corroborar las ambigüedades de Marx.

Por mi parte, no estoy de acuerdo en atribuir a Engels semejante esquematismo, despachado con un párrafo tan sagaz como discutible: “Dejaremos a un lado –dice Erice– la dialéctica de la naturaleza engelsiana, base del *Diamat* (materialismo dialectico) soviético, filosofía materialista monista-naturalista-teleológica hoy difícilmente asumible.” (pág. 384). Más adelante, afrontando la necesidad de matizar el economicismo como problema propio de la metodología histórica marxista, Erice carga sobre Engels la responsabilidad del argumento: “Fue Engels –y no Marx–, el que inició la identificación del marxismo con una “interpretación económica” de la historia”. Y si este esquematismo pudiera observarse, al parecer, en el breve ensayo de Engels titulado *Del socialismo utópico al socialismo científico*, no aparece, sin embargo, en su primer libro: *La situación de la clase obrera en Gran Bretaña*, texto seminal de toda la filosofía marxista posterior que abre el camino a la obra capital de Marx.

Después del estudio de la conformación de las corrientes filosóficas materialistas marxistas, tal y como cristalizaron por ejemplo en el contexto de la URSS, en la medida en que esa cristalización refleja la tensión generada dentro del propio desarrollo de la filosofía marxista, creo que hay suficientes razones para afirmar que el influjo de la *Dialéctica de la naturaleza* de Engels (obra inacabada que fue recopilada y publicada por primera vez en la URSS en

1927 con un prólogo precisamente de Abraham Deborin), como intenté mostrar en mi trabajo de tesis doctoral sobre Boris Hessen, no estaba en la línea de los monistas mecanicistas, sino en la de los materialistas dialécticos que habrían tenido la necesidad lógica de reconocer un inevitable pluralismo filosófico, amparado también en una minuciosa exégesis de los clásicos, siempre tensionado por la presión ideológica del monismo mecanicista triunfante en las instituciones políticas soviéticas (y, todo hay que decirlo, en muchos casos pagaron cara su filosófica ambigüedad). Tristan Hunt, en su incontestable estudio sobre Engels, *El gentleman comunista*, publicado por Anagrama, ha recuperado, afortunadamente para todos, la visión filosófica más compleja y sugerente de Engels, y su importante papel en la conformación no solo de la ideología marxista, y el materialismo filosófico, sino del propio trabajo de Carlos Marx, a pesar de que Engels siempre insistió generosamente en su modesto papel frente al genio indiscutible de Marx.

Frente al “marxismo de garrafón”, como dice Núñez Seixas, citado convenientemente por Erice, a la obra filosófica de Engels no le corresponde ser reducida al esquematismo, por otro lado inevitable, que pudo haberse desarrollado en la práctica institucional de la Unión Soviética. No obstante, la necesidad de superar el monismo teleológico reduccionista, incluso indagando en la propia obra de Marx, y en la obra, insisto, de Engels, requiere una decidida perspectiva filosófica pluralista, que Erice encuentra y sostiene ampliamente en la filosofía del materialismo filosófico de Gustavo Bueno, con una abundancia de citas importante, y un aparato bibliográfico complejo y profundo de la obra del gran maestro Gustavo Bueno. Subyacente a todas las críticas, y a todos los análisis está una de las principales propuestas de Gustavo Bueno frente al Materialismo Histórico: la necesidad de “darle la vuelta” al marxismo, como Marx pretendió hacer con Hegel. Creo que ha sido la mejor elección por parte de Erice, porque se constata que sólo desde estas coordenadas es posible un análisis gnoseológico de la Historia que reconociendo los condicionamientos ideológicos envolventes, no por ello la condena a ser “mera” literatura. Desde las coordenadas del materialismo filosófico, en efecto, la defensa de la razón se despliega a través de una filosofía materialista del Estado que ya no incurre en el viejo reduccionismo sociologista, sino como la condición y el sentido de la lucha de clases como expresión dinámica de la dialéctica de los Estados.

Para el lector queda, me parece, la tarea de sacar las conclusiones correspondientes acerca del lugar que le puede quedar, tras la revisión crítica de los presupuestos conceptuales del marxismo, a aquellas propuestas políticas populistas derivadas de la izquierda indefinida.

Recibido: 02-09-20

Aceptado: 23-10-20